

[Eduardo de Hinojosa, "Documentos oficiales. Theodoro Mommsen. Discurso leído en la sesión pública celebrada por la Real Academia de la Historia el 26 de Junio de 1904", *Boletín de la Real Academia de la Historia* 45, 1904, 531-541]. [Necrología de Theodoro Mommsen]

DOCUMENTOS OFICIALES

TEODORO MOMMSEN.

Discurso leído en la sesión pública celebrada por la Real Academia de la Historia el 26 de Junio de 1904.

SEÑORES:

El 2 de Noviembre de 1903 falleció en Charlottenburg, víctima de un ataque cerebral, á la edad de ochenta y cinco años, el insigne historiador y jurisconsulto Teodoro Mommsen.

España se ha asociado al duelo universal que ha producido su muerte, y la Academia, que le contó entre sus miembros honorarios, ha querido patentizar el sentimiento de la Nación, honrándole en esta solemnidad. Cumpliendo el tan lisonjero como difícil encargo que os habéis dignado confiarme, intentaré bosquejar la fisonomía y la obra del que puede ser calificado, sin hipérbole, del más ilustre y más célebre de los historiadores del siglo XIX.

Como Niebuhr, el renovador de la historia romana; como Waitz, el ilustre autor de la Historia de las instituciones germánicas; como Moltke, el gran estratégico del siglo XIX, Mommsen descendía del pueblo anglo, una de cuyas ramas conquistó en el siglo VI de nuestra era la Gran Bretaña, y al cual pertenecen los actuales moradores del territorio de Schleswig-Holstein. Hijo del pastor protestante de Garding, donde nació el 30 de Noviembre de 1817, estudió filología y derecho en la Universidad de Kiel, obteniendo el grado de doctor en 1843. Después de dedicarse durante algún tiempo, alternando con el trabajo científico, al periodismo y á las musas, pasó tres años en Italia, decidiéndose allí su vocación al estudio de la antigüedad romana.

La afición de Mommsen al cultivo de la epigrafía, revelada ya en sus primeras publicaciones, se fortaleció en el trato con el ilustre epigrafista italiano Bartolomé Borghesi, á quien visitó en San Marino en 1845. En 1847 expuso á la Academia de Cien-

cias de Berlín sus ideas sobre el proyecto del *Corpus inscriptionum latinarum*, y en 1852 dio á luz las *Inscriptiones regni Neapolitani latinae*, modelo insuperable de este género de trabajos.

La epigrafía romana merece ciertamente la predilección con que se han dedicado á su estudio investigadores eminentes y el extraordinario favor de que goza. El conocimiento de muchos aspectos interesantes de la vida del pueblo romano, sobre los cuales apenas si se encuentra noticia en las fuentes históricas y literarias, lo debemos única y casi exclusivamente á las inscripciones. Con su ayuda, se ha logrado trazar el cuadro de la organización social y política del mundo romano, reconstruir la sucesión de los funcionarios públicos, sus gradaciones jerárquicas, el organismo de la administración central, provincial y municipal, y formar exacto juicio del mecanismo sabio y complicado de que se valió Roma para gobernar al orbe sometido á su cetro. La historia de la vida privada no reporta menos utilidad que la organización política y administrativa, del estudio de los monumentos epigráficos.

Al prodigioso impulso dado por Mommsen, á su inteligente y enérgica dirección, á su maravilloso talento organizador y á su colaboración asidua, se deben los admirables progresos realizados en la publicación del *Corpus* á contar desde 1863 en que apareció el tomo I. Puede decirse que, gracias á él, esta inmensa labor se aproxima á su término. Además del volumen I que abarca las inscripciones anteriores á la muerte de César, ha publicado Mommsen el volumen III, dedicado á las inscripciones de Asia y de las provincias griegas de Europa; el V, en dos volúmenes, dedicado á las de la Galia Cisalpina; el IX, á las de Calabria, Apulia, Samnio, la Sabina y el Piceno; y el X, en dos volúmenes, á las del país de los Bruttios, Lucania, Campania, Sicilia y Cerdeña (I).

(I) Sobre los trabajos que precedieron á la publicación del *Corpus* y los méritos insignes de Mommsen en relación con ella, véase la interesante y autorizada exposición de su fiel amigo y colaborador Otón Hirschfeld. *Gedächtnisrede auf Teodor Mommsen*. Berlín, 1894, págs. 6-17 y 21-25.

El nombre de Mommsen va indisolublemente unido al de los más insignes monumentos jurídicos de la España romana que ha sacado á luz en el siglo XIX el suelo de la Bética, tan fecundo en descubrimientos epigráficos. Su comentario magistral de los importantísimos fragmentos de los Estatutos municipales de Málaga y Salpensa, desenterrados en las cercanías de la primera de estas poblaciones en 1851, y publicados por el docto y benemérito D. Manuel Rodríguez de Berlanga, no solo dispuso enteramente las dudas que suscitó Laboulaye acerca de la autenticidad de aquellos monumentos, dudas que tuvieron eco aún en el seno de esta Academia, sino que puso admirablemente en relieve el extraordinario valor de aquellas fuentes para el conocimiento del derecho público y privado de Roma. El estudio sobre la ley colonial de Osuna, en colaboración con su fiel amigo nuestro inolvidable Emilio Hübner, es también modelo insuperable de ciencia y de sagacidad crítica.

Mommsen se reconoce como discípulo de Niebuhr, al proclamar como norma del historiador las ideas de aquél sobre el método histórico, de que hizo brillante y magistral aplicación al estudio de los orígenes de Roma. En el Discurso de contestación al de su amigo, colega y contradictor Nitzsch en la Academia de Berlín, celebra Mommsen las excelencias del método iniciado por Niebuhr: «Al aventurarse en la obscura selva de las tradiciones legendarias, hay que descartar lo intrínsecamente imposible y postulan lo exigido por las leyes naturales del desenvolvimiento histórico, así cuando se presenta confundido con la tradición, como cuando ha desaparecido de ella. Hemos de agradecer á Niebuhr haber acreditado esta verdad transcendentalísima: que el historiador no debe renunciar al elemento apriorístico; antes bien debe esforzarse por resucitar lo pasado, mediante el conocimiento de las leyes generales del desenvolvimiento humano. A él debemos también, que la opinión de que la historia comienza con los monumentos escritos, y de que no hay más historia que la contenida en ellos, no haya ganado ni pueda ganar terreno en Alemania» (I).

(I) *Monatsbericht* de la Academia de Berlín de 1879, pág. 523.

Para comprender mejor la antigüedad, Mommsen, jurista de profesión, se hizo historiador, filólogo y economista. Abarcó bajo todos los aspectos la existencia del pueblo romano, la geografía, la etnografía, la arqueología, la lengua, la literatura, la organización social, política y administrativa; en suma, toda la vida pública y privada. Trató en obras especiales de la dialectología, la cronología y la numismática, y dondequiera que puso el pie, dejó grabada de una manera profunda y durable la huella de su individualidad.

Agrupando en su Historia romana todos los sucesos alrededor de un punto, que le sirve como de centro y de clave, muestra que la historia de Roma es la historia misma de Italia, y le asigna el lugar preeminente que le corresponde en los anales de la civilización. Utilizando el método y los resultados de la filología comparada, que permiten establecer con seguridad casi matemática la filiación de los pueblos, descubrir el rastro de sus emigraciones y los elementos esenciales de su cultura, distingue en la historia primitiva de los pueblos de Italia dos edades: una, la más remota, aquella en que latinos y griegos, celtas, germanos y eslavos, formaban juntamente con los indios un solo pueblo; otra en que los pueblos de Italia y de Grecia, separados ya de las otras ramas del tronco indo-europeo, y antes de establecerse en sus respectivas penínsulas, vivían una vida común. Supliendo también, con ayuda de la filología, la carencia de monumentos escritos, y proyectando rayos de luz sobre los tiempos más remotos, traza las líneas generales de la cultura en ambas edades: el predominio de la vida pastoral en la primera, la existencia de los animales domésticos, el uso de los metales, los comienzos de la navegación, la medida del tiempo por las evoluciones de la luna; en la segunda, el florecimiento de la agricultura, el origen de las artes industriales, el desarrollo del culto y de la organización política. Mommsen muestra cómo, al separarse latinos y griegos, cada uno de estos pueblos sigue diverso derrotero y cultiva sus peculiares aptitudes de una manera independiente y original. En Grecia, florecen las artes, las letras, la filosofía; en Italia, el derecho, la guerra; en una y otra, la política, y después de muchos

siglos de separación, ambos pueblos vuelven á confundir sus destinos y el fruto de sus labores se propaga en el resto de Europa, sirviendo de base á la civilización moderna.

Es maravilloso el partido que sabe sacar Mommsen de datos que para otros no tendrían valor ó lo tendrían muy escaso. Ejemplo de ello, es la manera ingeniosa cómo reconstruye la historia del comercio en Italia en la época de los reyes, utilizando los restos de joyas, utensilios y objetos menudos de todo género descubiertos en las necrópolis etruscas, los nombres exóticos, orientales ó griegos, de muchos objetos en la lengua latina, y la comparación de los pesos y medidas usados por los pueblos de la antigüedad.

El suelo y la raza, la masa del pueblo y las grandes personalidades, la historia política y las instituciones sociales, jurídicas y económicas, la ciencia, la literatura y el arte, en suma, todos los factores de la vida de la nación, tienen su parte proporcional y adecuada en esta obra maravillosa.

Poseía Mommsen en grado insuperable la intuición maravillosa, propia de los grandes historiadores, y la fantasía creadora, peligrosa para el investigador cuando no acierta á regirla con el freno severo del método, pero sin la cual no hay obra histórica grande ni durable. Sabía infundir el soplo de la vida en lo que era para otros materia inerte. Poeta y periodista en los primeros años de su juventud, Mommsen refleja en su *Historia Romana* la exuberancia de imaginación propia del hijo de las Musas, y el apasionamiento y la vehemencia del que vive envuelto en las ardientes luchas de la política.

Su manera de escribir la historia es la de los grandes historiadores de la Antigüedad y del Renacimiento, renovada en nuestros tiempos por Macaulay, y tan admirablemente caracterizada por nuestro compañero el Sr. Menéndez y Pelayo en su Discurso de recepción en esta Academia. «La historia clásica, dice, es grande, bella é interesante.... no porque el historiador sea imparcial, sino, al revés, por su parcialidad manifiesta; no porque le sean indiferentes las personas, sino, al contrario, porque se enamora de unas y aborrece de muerte á otras, comuni-

cando al que lee este amor y este odio; no porque la historia sea en sus manos la maestra de la vida y el oráculo de los tiempos, sino porque es un puñal y una tea vengadora» (I).

Por lo animado y pintoresco de la forma, la *Historia Romana* se lee con verdadero deleite, y esta condición ha contribuido, aún en mayor grado que el valor intrínseco de la obra, á su inmensa celebridad.

Mommsen se identifica de tal modo con los personajes, que siente la influencia de sus pasiones y de sus luchas. Toma partido resueltamente por los demócratas contra los aristócratas; deprime á Pompeyo y á Cicerón, y exalta á los Gracos y á César. El estilo es frecuentemente, como hoy diríamos, modernista. Así, habla de la caza de títulos, de los clubs de la oposición y de los salones de la aristocracia. Sila es un D. Juan de la política; Catón de Útica, un esclavo de la frase, cazador de nubes en las regiones abstractas de la filosofía moral, verdadero Don Quijote de su partido; Cicerón, un político aficionado á nadar entre dos aguas, coqueteando tan pronto con los demócratas como con Pompeyo.

Los retratos de personajes históricos, singularmente los de aquellos que excitan la simpatía y la admiración del autor, como Aníbal, Viriato, Escipión, Sertorio y César, son tan acabados, sus rasgos tan vivos, que se graban en la imaginación del lector para no borrarse jamás. Ningún historiador del siglo XIX le ha superado, y si se exceptúa á Macaulay y Taine, ninguno le ha igualado en el arte de dibujar con pinceladas magistrales á las grandes figuras históricas.

Treinta años después de la publicación del tercer volumen de su *Historia Romana*, en 1885, dio á luz Mommsen el tomo V, reservándose publicar más tarde el IV, que debía comprender la historia de la monarquía fundada por César y consolidada por Augusto, y las vicisitudes políticas del Imperio hasta Diocleciano. Justificó la resolución de publicar antes el tomo V, por el mayor

(I) *Discurso leído ante la Real Academia de la Historia*. Madrid, 1883, pág. 25.

interés y novedad de esta parte de la historia del Imperio, que le ofrecía ocasión de utilizar el enorme material epigráfico reunido y depurado por él y por sus discípulos en el *Corpus inscriptionum latinarum*-, en una serie de cuadros magistrales de la administración y de la cultura romana en las provincias del Imperio.

Buena parte de su actividad científica la dedicó Mommsen á la crítica de los textos de la jurisprudencia romana. A este género de trabajos, pertenecen el estudio sobre la cronología de las Constituciones de Diocleciano y de sus corregentes, la magistral edición del Digesto, que vio la luz en 1867, su colaboración en la *Collectio librorum iuris romani anteiustiniani*, publicada con Krüger y en las *Fontes iuris romani antiqui* de Bruns, de que publicó dos ediciones después de la muerte de éste.

Fruto principal de sus asiduos trabajos sobre las fuentes jurídicas, fue la obra monumental sobre el derecho público de Roma. Uno de los mayores títulos de gloria de Mommsen, es haber sido el creador del derecho público romano como disciplina científica. Antes de él, el estudio de la organización política de Roma había ocupado á filólogos, juristas é historiadores que lo incluían en las exposiciones generales de las Antigüedades romanas. A contar desde Mommsen, que con su poderoso talento de generalización lo expuso sistemáticamente, constituyendo en cuerpo de doctrina y en verdadero organismo lo que no eran hasta entonces sino *membra disiecta*, colección de noticias curiosas y sueltas sobre las diversas magistraturas, se elevó á la categoría de ciencia independiente. Su construcción del derecho público romano asombra, tanto por la amplitud y solidez incontrastable de los cimientos, como por la precisión y elegancia de las líneas y la grandiosidad de las proposiciones.

Como la Historia de Roma y el Derecho público romano, el «Derecho penal romano» de Mommsen forma época en este orden de estudios, y aun puede calificarse, al decir de juez tan competente como el profesor de Berlín, Kohler, de trabajo casi definitivo. «Esta obra,» dice Kohler, «es no una exposición, sino la exposición del derecho penal romano; no solo reemplaza y sobrepasa con mucho cuanto teníamos sobre el particular, sino que

quedará como una obra única en su género. En algunos puntos, podrán las investigaciones posteriores ahondar más y aun rectificar á Mommsen en los detalles; pero, á menos de descubrirse en lo porvenir nuevas é importantísimas fuentes, será superflua en los siglos futuros una nueva obra sobre la materia» (I).

El profundo conocimiento de las instituciones jurídicas le sirvió para ilustrar y resolver cuestiones oscuras y controvertidas de la historia política de Roma. Ejemplo de ello son sus monografías sobre la cuestión de derecho entre César y el Senado y sobre el Proceso de los Escipiones.

Entre las investigaciones de Mommsen relativas á la historia de las instituciones romanas, forman época verdaderamente las concernientes á la hospitalidad y la clientela! al decreto de Cómodo sobre el *saltus Burunitamus*, tan importante para el estudio de los orígenes del colonato, á las colonias de ciudadanos en Italia desde Sila hasta Diocleciano, á la organización de las ciudades que surgieron á la sombra de los campamentos, al sistema de reclutamiento bajo el Imperio, á la división del suelo en Italia y las tablas alimentarias, donde estudió la relación entre la grande y la pequeña propiedad, ya la organización militar romana desde los tiempos de Diocleciano, muy interesante para nosotros por la parte que dedica á las milicias privadas y especialmente á los bucelarios.

Llamado Mommsen á formar parte de la dirección de los *Monumenta Germaniae historica*, colección de las fuentes para la historia de los pueblos germánicos en la Edad Media, que con el hermoso lema «*sanctus amor patriae dat animum*» comenzó en 1820, y se publica actualmente bajo el patrocinio de las Academias de Berlín, Munich y Viena, sin desatender la historia y las instituciones de Roma, su estudio predilecto, dedicó asidua atención al estudio de las fuentes del período de transición de la antigüedad á la Edad Media. Fruto de su fecunda actividad en este orden, son las ediciones de Jordanis, el historiador de los Godos, de las crónicas menores de los siglos v, vi y vii, y del Líber Pon-

(I) *Juristisches Literaturblatt* de 1902, pags. 277-278.

tificalis, así como el discurso sobre Sidonio Apolinar y su época, los Estudios ostrogodos, cuadro de las instituciones políticas y administrativas vigentes en Italia, desde Odoacro hasta Vitiges, basado principalmente en las *Variae* de Casiodoro, y el trabajo sobre la explotación de los bienes de la Iglesia bajo el pontificado de Gregorio I. Servicio inestimable de Mommsen á la historia de España es la excelente edición de nuestras Crónicas desde Idacio hasta el Anónimo coetánea de la invasión árabe, que forma parte de la colección de Crónicas de los siglos v al VIII, incluida en aquel vastísimo repertorio.

Atraíale singularmente el estudio de las instituciones de este período de transición, en que aparecen amalgamadas y fundidas frecuentemente las instituciones romanas y las germánicas con nombres y caracteres que ocultan á veces su verdadero origen. Considera deber del germanista investigar cuidadosamente este último período de la dominación romana en la Europa latina, en que se ofrecen muchas instituciones antiguas con nombres nuevos al lado de otras realmente nuevas, y darse cuenta en cada caso de la relación entre las instituciones de esta época y la organización romana. Comparaba, á este propósito, la tarea de germanistas y romanistas, en el estudio del período obscuro que cada cual por su parte está llamado á ilustrar, á la de dos ingenieros que emprenden por lados opuestos la perforación de un túnel, procurando adelantar en la obra, dispuestos á perdonarse mutuamente los errores, y á regocijarse cuando coinciden sus esfuerzos en un mismo punto (1).

Sería incompleto este bosquejo, pálido é imperfecto, de la fisonomía del insigne historiador, si, á las líneas más salientes de la personalidad científica de Mommsen, no agredrásemos otro rasgo también característico de su genio, la atención asidua y el vivo interés que, en medio de su consagración al trabajo científico, prestó constantemente á las grandes cuestiones políticas y sociales de su época, y sobre todo á los grandes conflictos internacionales.

(1) *Zeitschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte*, I, pág. 44.

El ánimo noble y generoso de Mommsen se inclinó siempre del lado de la justicia y del derecho. Cuando la guerra entre España y los Estados Unidos, nos mostró la más viva simpatía. Refiere el director de «La Nación», Teodoro Barth, gran amigo de Mommsen, que solicitado éste en 1898 por una revista internacional, para que expusiera su opinión acerca del conflicto entre España y la República norte-americana, escribió un artículo cuyas pruebas comunicó á algunos de sus amigos. «La opinión de Mommsen», dice Barth, «por la crudeza de los términos, habría de tener extraordinaria resonancia. La crítica, quizá justa en el fondo, añade, pero muy dura en la forma, del proceder de los Estados Unidos, habría suscitado grandes protestas entre los americanos.» Expuso Barth á Mommsen sus reparos sobre la conveniencia de publicar el artículo, y aunque éste no participaba de ellos, condescendió, autorizándole para retirarlo (1).

En la guerra del Transvaal, estuvo Mommsen resueltamente al lado de los boers. Todavía en uno de sus últimos trabajos, el artículo titulado «Un alemán á los ingleses», publicado en la *The Independent Review* de 1903, encaminado á aplacar los odios que se suscitaron entre Alemania é Inglaterra con aquella ocasión, se expresaba en estos términos: «Todo acto de un pueblo civilizado desde el regicidio hasta los atentados de los oficiales subalternos y los agentes de la policía, no solo está sujeto á la intervención jurídica y política de la propia nación, sino al tribunal de la opinión pública de todos los pueblos civilizados. Que en la guerra de los boers el veredicto de este Tribunal atribuyó, si no toda, cuando menos la mayor culpa á los ingleses, no es posible negarlo, y los ingleses mismos lo habrán de reconocer» (2).

La obra de Mommsen es verdaderamente colosal. Su portentosa y no interrumpida labor de sesenta años, iniciada con la magistral disertación *De Collegiis et sodaliciis Romanorum*, y terminada en 1903 con la edición crítica del Código Teodosiano, que dejó preparada para la impresión, ha renovado por com-

(1) *Die Nation* de 7 de Noviembre de 1903, págs. 82-85.

(2) *Die Nation* de 10 de Octubre de 1903, págs. 20-21.

pleto, asentándolo sobre incommovibles bases, el conocimiento de la antigüedad romana.

Nadie ha dominado con tan soberano imperio las disciplinas fundamentales de la antigüedad clásica. Solo un nombre, y nombre español, puede comparársele, habida razón de la diferencia de los tiempos: el de Antonio Agustín, ejemplar acabado del humanista del Renacimiento, jurisconsulto, filólogo, numismático y epigrafista, y cuyos méritos reconoce Mommsen en el Prólogo á la edición del Digesto.

Mommsen debió á Dios el bien inestimable de conservar la plenitud de su maravilloso vigor intelectual hasta los últimos días de la vida. Como su compatriota Ranke, que á los noventa y dos años daba á la estampa un tomo de su *Historia universal*, Mommsen, en vísperas de cumplir los ochenta y seis años, ultimaba la edición del Código Teodosiano.

En el bello Discurso que pronunció en las exequias de Mommsen su colega y amigo Adolfo Hamack, aplicó al gran historiador estas palabras del Señor en la Biblia: «Yo os he escogido para que deis fruto y vuestro fruto persevere» (1). Ciertamente, el fruto de la prodigiosa labor de Mommsen forma parte del patrimonio intelectual de la humanidad, y su nombre perdurará grabado con caracteres indelebles en la historia universal de la Ciencia.

EDUARDO DE HINOJOSA.

(1) *Rede bei der Begräbnissfeier Theodor Mommsens am 5. November 1903*. Leipzig, 1903, pág. 5.